

## Capítulo I

Empezaba a clarear el día cuando despertó el doctor Aresti, sintiéndose empujado en un hombro. Lo primero que vio fue el rostro de manzana seca, verdoso y arrugado, de Kataliñ, su ama de llaves, y los dos cuernos del pañuelo que llevaba la vieja arrollado a las sienes.

—Don Luis... despierte. Muerto hay en el camino de Ortuella. El jueves que vaya.

Comenzó a vestirse el doctor, después de largos desperezos y una rebusca lenta de sus ropas entre los libros y revistas que, desbordándose de los estantes de la inmediata habitación, se extendían por su dormitorio de soltero.

Dos médicos tenía a sus órdenes en el hospital de Gallaría, pero aquel día estaban ausentes: el uno en Bilbao, con licencia; el otro en Galdames desde la noche anterior, para curar a varios mineros heridos por una explosión de dinamita.

Kataliñ le ayudó a ponerse el recio gabán, y abrió la puerta de la calle mientras el doctor se calaba la boina y requería su *cachaba*, grueso cayado con contera de lanza que le acompañaba siempre en sus visitas a las minas.

—Oye, Kataliñ —dijo al transponer la puerta—. ¿Sabes quién es el muerto?

—El *Maestrico*, disen. El que enseñaba por la noche el abesedario a los pinches y era novio de esa que llaman la *Charanga*. ¡Cómo está Gallarta, Señor Dios! Ya se conose, pues: la iglesia siempre vasía.

—Lo de siempre —murmuró el médico—. El crimen pasional. A estos bárbaros no les basta con vivir rabiando, y se matan por la mujer.

Aresti andaba ya calle abajo, cuando la vieja le llamó desde la puerta.

—Don Luis, vuelva pronto. No olvide que hoy es San José y que le esperan en Bilbao. No haga a su primo una de las suyas.

Aresti notó la entonación de respeto con que hablaba la vieja de aquel primo que le había invitado a comer por ser sus días. En todo el distrito minero nadie hablaba de él sin subrayar el nombre con una admiración casi religiosa. Hasta los que vociferaban contra su riqueza y poderío le temían como a una fuerza omnipotente.

El doctor, al salir de Gallarta, se abrochó el gabán, estremeciéndose de frío. El cielo, plumoso y brumoso, se confundía con las crestas de los montes. Parecía un toldo gris que hubiese descendido hasta descansar en ellas. Soplaban el viento furioso de las estribaciones del Triano, que arranca las boinas de las cabezas. Aresti se afirmó los lentes y siguió adelante, todavía soñoliento, con esa pasividad resignada del médico que vive esclavo del dolor ajeno. Las rudas suelas de sus zapatos de monte se pegaban al barro; la cachaba iba marcando con su lanza un agujero a cada paso.

La noche anterior había cenado Aresti con unos contratistas de las minas —lo más distinguido de Gallarta—: antiguos jornaleros que iban camino de ser millonarios, y no pudiendo coexistir con sus antiguos camaradas de trabajo ni tratarse con los burgueses de Bilbao, se pegaban al médico, acosándolo con toda clase de agasajos. Despertaba en ellos cierto orgullo que el doctor Aresti, que había estudiado en el extranjero y del que hablaban en la villa con respeto, quisiera vivir en la sociedad primitiva y casi bárbara del distrito minero. Esto les halagaba como si fuese una declaración de su-

erioridad en pro de los mineros de las Encartaciones sobre los chimbos de Bilbao. Además, respetaban al doctor con cierta adoración supersticiosa porque era primo hermano de Sánchez Morueta y éste no ocultaba el gran cariño que sentía por el médico.

¡Sánchez Morueta! ¡Como quien dice nada! Hacía varios años que no había estado en las minas. Aun en el mismo Bilbao, transcurrían los meses sin que los más íntimos del famoso personaje viesan su barba cana y su cuerpo musculoso de gigante. Pero se podía preguntar por él, lo mismo al gobernador de Bilbao que al último pinche de Gallarta; nadie se mostraba indiferente ante su nombre. Desde lo alto del Triano se veían minas y más minas, ferrocarriles con rosarios de vagonetas, planos inclinados, tranvías aéreos, rebaños de hombres, atacando las canteras: de él, todo de él. Y de él también los altos hornos que ardían día y noche junto al Nervión fabricando el acero; y gran parte de los vapores atracados a los muelles de la ría cargando mineral o descargando hulla; y muchos más que paseaban la bandera de la matrícula de Bilbao por todos los mares; y la mayor parte de los nuevos palacios del Ensanche; y un sinnúmero de fábricas de explosivos, de alambres, de hoja de lata, que funcionaban en apartados rincones de Vizcaya. Era como Dios: no se dejaba ver, pero se sentía su presencia en todas partes. Podía hacer a un hombre rico de la noche a la mañana con sólo desearlo. Hasta los señores de Madrid que gobiernan el país le buscaban y mimaban para que prestase ayuda al Estado en sus apuros y empréstitos. ¡Y el doctor Aresti, amado por Sánchez Morueta con un afecto doble de padre y de hermano, se empeñaba en vivir fuera de su protección, más allá de la lluvia de oro que parecía esparcir con la mirada y que hacía que los hombres se agolpasen en torno de su persona con la furia brutal de la codicia, obligándolo a aislarse, a permanecer invisible, para no perecer bajo el formidable empujón de los adoradores!... La única merced que el médico había solicitado de su pariente era el establecimiento en la cuenca minera de un hospital para los trabajadores, que antes perecían faltos de auxilio en los accidentes de las canteras. Y con toda su fama de práctico de los hospitales de París, con la popularidad que le habían dado en la villa sus arriesgadas operaciones, fue a aislarse en las minas cuando aún no tenía treinta años, viviendo en una casita de Gallarta con sus libros y su vieja criada Catalina.

Los contratistas, los capataces, los «químicos», toda la gente que formaba la aristocracia de las minas, sentía admiración por Aresti al verle despreciar con simplicidad las riquezas materiales.

—Le gusta vivir con nosotros —decían con orgullo—. Más prefiere una merienda con gente de boina que un banquete en el palacio que Sánchez Morueta tiene en Las Arenas... ¡Ser primo de don José y pasarse meses sin verlo!... Pero ¡qué famoso es el doctor! El mísero rebaño de los mineros, albergado en barracones y cantinas, tenía una fe ciega en su ciencia, le miraba como a un brujo capaz de los mayores prodigios para remendar los desperfectos del andamiaje humano. Pasaban por los caminos de la montaña un sinnúmero de lisiados, que, al conservar la vida después de horribles catástrofes, proclamaban la maestría del cirujano.

—¡Que venga don Luis! —gemía el minero herido por la explosión de un barreno o el pinche casi enterrado por un desprendimiento de la cantera.

Y al ver con su mirada vidriosa de agonizante los lentes del doctor, sus ojos irónicos bajo unas cejas mefistofélicas y la barba en punta llena de canas precoces, los infelices sentíanse animados por repentina confianza. No percibían la llegada de la muerte, esperando hasta el último momento el milagro que había de salvarlos.

Los otros médicos del distrito eran recibidos por los enfermos con triste resignación. ¡Don Luis; sólo el doctor Aresti! Y las señoras de Gallarta, las esposas de los contratistas, antiguas aldeanas, que se aburrían en sus flamantes *chalets* construidos en las afueras del pueblo, sentían enfermedades nunca sospechadas en tiempos anteriores, sólo por el gusto de hablar con el doctor, que, a más de su ciencia, llevaba con él algo de la grandeza de Sánchez Morueta y de las altas clases de Bilbao, hasta las cuales soñaban ellas con llegar algún día. Los maridos no sentían menos necesidad de la presencia de Aresti. Le consultaban en los asuntos de familia, y apenas terminado su trabajo en las minas, buscábanlo por las noches, organizando en su honor cenas pantagruélicas. Algunas veces le llevaban con ellos a las pruebas de bueyes y las apuestas de barrenadores, fiestas brutales organizadas en varios pueblos de la provincia, en las que se cruzaban apuestas de muchos miles de duros.

La noche anterior, Aresti se había acostado tarde. Ya que había de comer en Bilbao, invitado por «don José» —que así era conocido por antonomasia el poderoso Sánchez Morueta—, los ricos de Gallarta que llevaban igual nombre no querían dejar al doctor sin el correspondiente convite. Y hasta más de media noche duró la cena en el fondín principal del pueblo; un banquete de platos populares y sustanciosos, tales como los habían soñado aquellos ricos improvisados en su época de hambre: conejos de monte, gallinas en toda clase de guisos, bacalao bajo todas las formas, un interminable desfile de viandas vulgares, rociadas desde la primera a la última con champaña de las mejores marcas. El champaña era para aquellas gentes el distintivo de la riqueza; lo único que habían podido copiar de las clases elevadas. Lo querían del más caro, para que contase bien su opulencia, y lo gastaban a cajas, abriendo a golpes las botellas, riendo como niños cuando el líquido se derramaba sobre la mesa, mojándose unos a otros con la espuma, bebiéndolo en tanques, llenando a veces las palanganas de aseo con el precioso vino; despilfarres que a los postres nunca dejaban de producir hilaridad.

Aresti sonreía recordando la fiesta de la noche antes, las extravagancias infantiles de aquellos rústicos enriquecidos rápidamente, e imposibilitados de ostentar sus ganancias de un modo mejor en la vida aislada y laboriosa que llevaban en el monte.

Sin detenerse en su marcha, el doctor contempló largo rato una colina roja que se alzaba a un lado del camino. Esta tumefacción del paisaje era obra de los hombres. La montaña se había formado espuerta sobre espuerta. A su sombra habían nacido Gallarta y la riqueza del distrito. Era la escoria de la mina de San Miguel de Begoña, la explotación más famosa de las Encartaciones: toda de mineral *campanil*, y del más rico. Allí habían comenzado su fortuna Sánchez Morueta y otros potentados de Bilbao. Sólo quedaba como recuerdo la montaña de escoria. Su producto estaba ahora en la villa, y en las entrañas de la tierra los siervos anónimos que habían dejado parte de su existencia al arrancar el mineral.

Aresti vio un grupo de personas a un lado del camino. Pasaban corriendo junto a él chiquillos y mujeres. A veces se detenían para llamar a los que estaban en los desmontes inmediatos.

—¡Enel!... ¡Han muerto al *Maestrico*! ¡Vamos a verlo! Y seguían corriendo hacia el gentío, en el cual se destacaban los negros uniformes y las boinas con chapa de una pareja de miñones. Algunos muchachuelos, pinches de las minas, llegaban atraídos por el suceso, llevando en cada mano un cartucho de dinamita para los barrenos. Familiarizados con el explosivo, metíanse entre los grupos empujando para abrirse paso y ver al muerto de cerca.

En medio del camino estaban inmóviles varias carretas, con sus bueyes de raza vasca, pequeños, de patas finas y una piel de camero entre los cuernos adornando el yugo.

Al llegar el doctor se abrió el compacto grupo, dejando ver un hombre tendido en la cuneta con las ropas en desorden. El barro y la sangre formaban una máscara sobre su rostro. Aresti no tuvo más que inclinarse sobre él para convencerse de que estaba muerto desde muchas horas antes.

El juez municipal, un contratista de los que habían cenado con Aresti, le habló del suceso, lamentando el madrugón que les había proporcionado. El pobre *Maestrico* debía haber muerto casi instantáneamente. Tenía un golpe en el corazón, una de aquellas puñaladas que sólo se veían en las minas, donde vive tanta gente salida del presidio. Además, le habían herido en la cara, en las manos, en todo el cuerpo. Debían ser dos los que le acometieron, cerrada ya la noche, cuando volvía de Bilbao. Para el juez, el suceso no ofrecía dudas. De allí iría a prender a los culpables, sin miedo a equivocarse.

Recordó a Aresti la historia del muerto: un andaluz de carácter triste y pocas palabras, que había rodado por el mundo, buscándose la vida en América en cien oficios y trabajando en todas las minas de España. Por las noches, cuando volvía del trabajo, daba lecciones a los pinches. Vivía a pupilo en casa de los padres de la *Charanga*, una moza guapetona y descarada, que llevaba revuelta a la chavalería de Gallarta, prefiriendo entre todos al hijo de un licenciado de presidio, un rebelde que iba de una a otra cantera, despedido siempre por su insolencia, y que en los bailes del domingo llamaba la atención por su faja de guapo arrollada desde el pecho hasta las ingles, con un arsenal oculto de armas. El *Maestrico* se había enamorado de la *Charanga* con la pasión reconcentrada y silenciosa de un hombre de cuarenta años. Los padres le querían, alabando sus costumbres sobrias, su actividad para ganarse la vida, y la muchacha, en su indiferencia de bestia alegre, decía que sí a todo, continuando sus relaciones con el mancillo. Iban a casarse en aquella misma semana. El *Maestrico* había marchado el día anterior a Bilbao para comprar algunos regalos a la novia. Al regreso, el amante y su padre le habían esperado en el camino.

Aresti oyó unos gemidos a su espalda. Entre el gentío, un minero viejo se llevaba las manos a los ojos:

—¡Antón!... ¡Pobre *Maestrico*!... ¡Matar a un hombre así!... ¡Tan bueno!, ¡tan trabajador!

Era el padre de la *Charanga*, que lloraba ante el cadáver de su pupilo.

El médico se fijó en el abultado abdomen del muerto, e hizo que un miñón desliase la faja negra. Aparecieron dos botinas de mujer con la suela blanca y el charol deslumbrante: el calzado con que sueñan las muchachas de las minas, viendo en él una elegancia suprema. El pobre *Maestrico* había ido a la villa para comprar este regalo a su novia.

Se abrió el grupo con cierto rumor de curiosidad, como a la llegada de un personaje esperado. Era la *Charanga*, con las manos en las fuertes caderas, los ojazos insolentes y hermosos bajo el pelo en desorden, mostrando al sonreír sus dientes agudos de loba impúdica. —¿Pero es verdad que han matao a «ése»?... Y fijaba su mirada en el médico con la misma expresión de lúbrica generosidad con que algunas veces le había invitado a seguirle cuando le encontraba en el campo. Después contempló el cadáver fríamente, sin emoción, y al tropezar su mirada con las botas de charol, rompió a reír.

—¡Rediós! ¡pus ya podía yo anoche esperar mis botas!...

Fue todo lo que se le ocurrió ante el cadáver del que iba a ser su marido. Y rompiendo a codazos por entre los hombres, que se conmovieron al contacto de sus caderas, salió del grupo, alejándose con soberbia indiferencia, pensando tal vez en el otro, que por amor a ella iba a ir a presidio.

—¡La bestial —dijo el médico al juez, siguiéndola con los ojos—. ¡La hermosa bestia de los tiempos primitivos, satisfecha de que los machos se maten por poseerla!... Esto sólo se ve aquí.

Y Aresti sonreía con la satisfacción del naturalista que contempla en su gabinete un animal extraordinario.

Llegaban de Gallaría nuevos grupos, atraídos por la noticia del asesinato. El juez mostró prisa por ir con la pareja de miñones en busca de los criminales. Unos amigos del muerto cogieron el cadáver, metiéndolo en una carreta para llevarlo al pueblo. El doctor emprendió el regreso, y cerca ya de Gibraltar notó que un muchacho de unos catorce años, un pinche de los que trabajaban en las minas, le seguía, marchando tan pronto a su lado como delante, siempre volviendo la cara hacia él, mirándole con ojos desmesuradamente abiertos, suplicantes, vidriosos, como si fuesen a saltarle las lágrimas.

—¿Qué se ofrece, caballero? —dijo Aresti con su voz alegre, que parecía esparcir la confianza entre los desgraciados.

—¡Señor doctor! —gimió el muchacho—. ¡Mi padre... mi pobre padre...!

Y como si no pudiese contener más tiempo la pena comprimida, se ahogaron las palabras en su garganta y rompió a llorar.

Aresti se fijó en él. No era del país; debía ser *maketo*, de los que llegaban en cuadrillas de Castilla o de León, empujados por el hambre y atraídos por los jómales de las minas. Un pantalón azul con piezas superpuestas en las posaderas y las rodillas oscilaba sobre sus zapatones claveteados, de punta levantada. La faja negra oprimía una camisa de franela roja, apenas cubierta por un chaleco suelto, y la maraña de pelos ensortijados, sucios de barro, se escapaba por debajo de una boina vieja. Olía a juventud descuidada, a ropas mantenidas sobre la carne meses enteros. Aresti conocía este perfume de las minas: el hedor de los cuerpos vigorosos que trabajan, sudan y duermen siempre con la misma envoltura.

—Tu padre... ya te entiendo —dijo bondadosamente—. ¿Y qué le ocurre a tu padre? Explícate.

El pinche lo hizo trabajosamente. Su padre estaba arriba, en Labarga, en una casa de peones, muy enfermo: se moría. Al amanecer quiso levantarse para ir al trabajo como los demás compañeros, pero le ardía la piel, deliraba. El día antes había llovido, y se mojó en la cantera. El, que era su hijo, se había quedado para cuidarle. Pero ¿cómo hacerlo, señor?... Estaba muy malo, mucho. ¡Para que él se hubiese decidido a perder el jornal del día!...

Y el muchacho repitió lo de la pérdida del jornal varias veces, dándole con su acento una importancia extraordinaria, como si ésta fuese la mejor demostración de la gravedad del enfermo.

Aresti creyó consolarlo prometiendo que enviaría al médico que estaba en Galdames tan pronto como volviese. Pero el muchacho rompió a llorar de nuevo.

—Señor doctor... Usted, sólo usted... Se lo pido por lo que quiera más en el mundo... He bajado de Labarga para eso. Usted sabe más que todos juntos. La gente dice que usted hace milagros...

Y apoderándose de una mano del doctor, se la besó repetidas veces, sin saber qué añadir a lo dicho, como si estas muestras de veneración fuesen todo un lenguaje y con él quisiera convencer al médico.

—Basta, muchacho —dijo Aresti riendo—. No sigas. Iré a Labarga, para que no me beses más con tu cara sucia... ¡Buena se va a poner Kataliñ cuando sepa que subo al monte!

El muchacho, tranquilizado por la promesa del doctor, habló con menos dificultad contestando a sus preguntas. Eran de tierra de Zamora, y habían venido a las minas su padre y él con seis paisanos más. Hacía tres años que realizaban este viaje a la entrada del invierno. Ellos tenían allá su poquito de tierra. Cultivaban hierba y centeno; las mujeres se encargaban de los campos durante el frío, y los hombres emprendían la peregrinación a Bilbao en busca de los jornales fabulosos de once reales o tres pesetas, de los que se hablaba con asombro en su país. Al venir el verano, regresaban al pueblo para recoger la cosecha y sembrar la del año próximo. En las minas se trabajaba mucho, la vida era dura, morían algunos; pero se podía volver a casa con buenos ahorros.

—Yo, señor doctor, gano siete reales: mi padre, once u doce. Damos un real por la cama y nos comemos cinco cada uno, porque aquí todo va por las nubes. Hay otros gastos de zapatos y calcetines, porque el mineral destroza mucho. Además, casi todas las semanas llueve en esta tierra, y no se trabaja... Total, que no bebiendo vino y comiendo poco, volvemos a casa a los diez meses con cuarenta o cincuenta duros.

—Pues vais a ser ricos cualquier día —dijo Aresti.

—¡Quia!, ¡no señor! —contestó el muchacho candidamente—. Ricos, nunca lo seremos. ¡Aún si ese dinero fuese pa nosotros!...

—¿Es que lo regaláis?...

—Se lo llevan los mandones. Con él pagamos la contribución.

Aresti caminó un buen rato en silencio, admirando la sencillez, la humildad de aquella gente, dura para el trabajo, habituada a las privaciones, sin la más leve vegetación de ideas de protesta en su cerebro estéril. Abandonaban casa y familia para hacer una vida de campamento, encorvados ante la piedra roja, arañándola de sol a sol, con un desgaste de fuerzas que no era suplido por la alimentación, acelerando día por día la ruina de su organismo. Y este sacrificio oscuro y penoso era para sostener un derecho de propiedad ridículo sobre cuatro terrones infecundos allá en el poblacho natal, para mantener con gotas de sangre y pedazos de vida la pompa exterior de que se rodea el Estado.

Al entrar en Gallaría, el médico pasó deprisa ante su casa, temiendo que los viese Catalina y le apostrofase por su subida al monte.

—¡Aviva el paso, muchacho!... Son las siete, y aún he de tomar el tren para Bilbao.

Pasaron apresuradamente por la calle principal de Gallarta, una cuesta empinada y pedregosa con dos filas de casuchas que ondulaban ajustándose a las sinuosidades. Eran míseros edificios construidos con mineral en la época que éste era de menos precio; gruesos paredones agujereados por ventanucos y con balcones volados que amenazaban caerse. Los pisos superiores eran de maderas carcomidas. Las techumbres, de tejas rojizas y sueltas, se defendían de los embates del viento con una orla de pedruscos. En los pisos bajos estaban los comercios de Gallarta, tabernas en su mayor parte. Algunas ventanas con vidrios empañados servían de escaparates, exhibiéndose en ellas zapatos o quincalla oxidada y vieja, restos de saldos de la villa enviados a las minas, donde se compra todo sin protesta, malo y caro. A causa del desnivel entre la empinada calle y las casas, unas tiendas tenían varios peldaños ante sus puertas, como si fuesen torres; otras eran profundas lo mismo que cuevas, con una escalera interior. Los establecimientos de ropas ondeaban en su fachada trapos multicolores. La calle, con sus tiendas estrechas y lóbregas y sus casas de poca altura, hacía recordar las tortuosas vías de una población árabe. Algunas carretas estaban inmóviles a las puertas de las tabernas, agitando los bueyes sus colas y bajando las testuces pacientemente, mientras adentro gritaban los conductores ante los vasos de vino.

Aresti tenía buenas piernas y estaba acostumbrado a aquel país montañoso. Apoyándose en la *cachaba*, siguió sin dificultad al pinche, que casi corría por el camino con dirección a Labarga, uno de los barrios extremos de Gallarta, situado en plena explotación minera. Así como ascendían por el áspero camino, era más fuerte el viento y se ensanchaba el paisaje. Agrandábanse los montes y se velaban los valles con la bruma de la mañana. Por la parte del mar, el Serantes, que guarda la desembocadura de la ría de Bilbao, recortaba sobre el cielo plomizo su mole coronada por un castillete abandonado. A sus pies extendía el Cantábrico una ancha faja oscura, cortada a trechos por otros montes más bajos, o se metía en triángulos tierra adentro, formando ensenadas y rías.

Hacía algún tiempo que el doctor no había subido a pie la cuesta de Labarga, y encontró cierta novedad a este espectáculo. Sin dejar de andar, iba examinando el paisaje. Una aldea que blanqueaba entre los campos al pie del Serantes era San Pedro Abanto; más allá, al lado de una ría, alzábase la montaña de Somorrostro: dos nombres famosos que conocía toda España después de la última guerra civil. Como una resurrección de esta lucha recordada por el doctor, sonaron de pronto varias cometas en las alturas inmediatas al camino, tembló la tierra con sorda trepidación y estallaron varias detonaciones entre nubes de polvo rojo y piedras por el aire. Eran los barrenos de las minas, que se disparaban a una hora fija, por la mañana y por la tarde, avisando los vigilantes con sus cometas para que se alejase la gente. Más allá de las minas inmediatas sonaron nuevas detonaciones, y luego otras más lejos, estremeciéndose toda la cuenca minera con un incesante cañoneo, como si tronasen baterías ocultas en todos los repliegues y cúspides de los montes.

Aresti, excitado por este estruendo, recordó la famosa batalla de las Encartaciones, cuando el ejército liberal intentaba levantar el sitio de Bilbao por segunda vez. La ferocidad de los hombres, la triste gloria de la guerra, habían popularizado los nombres de dos humildes aldeas de Vizcaya. El no había presenciado los combates; pero como si los hubiera visto, después de escuchar tantas veces su relato a los viejos del país y a muchos de los contratistas, que eran entonces aldeanos hambrientos, y por inconsciencia juvenil, por no enfadar al cura de su anteiglesia, habían tomado las armas en defensa del Rey legítimo y los Fueros. En una casita blanca que se alzaba entre los robledales del llano habían matado los del gobierno, de un certero cañonazo, a los dos mejores generales del carlismo. Después, el médico miraba la cumbre de Somorrostro, con sus ásperas pendientes, aislada y lúgubre cual una pirámide. Aún se encontraban osamentas al cavar en sus faldas. Allí había sido la gran carnicería. Los batallones del gobierno, la infantería de marina, con la bravura del toro que embiste bajando la cabeza sin medir el peligro, pugnaban por subir a lo más alto para vencer al enemigo, y éste los fusilaba impunemente desde sus atrincheramientos, preparados con fría anticipación, y pareciéndole poco mortífero el fusil, apelaba a procedimientos de una guerra primitiva y salvaje. Soltaban desde las cumbres ejes de hierro con ruedas, arrancados de las vagonetas de las minas, y estos carros de la muerte descendían saltando de peñasco en peñasco con una velocidad vertiginosa, que aumentaba a cada choque, a cada aspereza del terreno. Resucitaba la antigua lucha entre los celtíberos bárbaros y las disciplinadas legiones de Roma. Las ruedas locas rompían las masas de pantalones rojos o azules que en vano intentaban avanzar. Aplastaban los hombres bajo su férreo volteo, hacían crujir los huesos, deshílachaban los músculos, y manchadas de sangre seguían rodando hasta encallarse en el llano, ahíatas de destrucción.

«¡imbéciles!, ¡imbéciles!», repetía mentalmente el doctor. Pensaba con tristeza en los miles de hombres muertos en aquellos montes y en otros de más allá; en todos los que se pudrían y disgregaban en las entrañas de la tierra vasca por un pleito de familia, por una simple cuestión de personas, hábilmente explotada en nombre del sentimiento religioso y de la repulsión que siente el vascongado por toda autoridad que le exija obediencia al otro lado del Ebro.

Contrastando con estos recuerdos de una época de violencias, rodeaban al doctor, así como avanzaba en su camino, la actividad del trabajo, el movimiento de la diaria batalla del hombre con los tesoros del suelo. Los tranvías aéreos para la conducción del mineral apoyaban sus cables en robustos postes, y deslizándose por ellos, pasaba el rosario de tanques cargados de pedruscos rojos, salvando hondanadas y despeñaderos, descendiendo de meseta en meseta, siempre hacia el llano, buscando los descargaderos de Ortuella, la vía férrea del Triano, que es el respiradero de las minas.

En el fondo de las grandes cortaduras de las canteras corrían sobre rieles tendidos ligeramente las vagonetas de mineral, tiradas unas por caballos, empujadas otras por hombres. Veíanse grandes plataformas de madera, planos inclinados, por los cuales resbalaban los vehículos unidos a una cadena sin fin. La vía automática de una Compañía extranjera deslizaba en un espacio de varias leguas sus vagonetas, semejantes a seres animados. Los vehículos rodaban en dos filas, en opuestas direcciones, cabeceando lentamente como bueyes sumisos, siguiendo su camino en línea recta, encontrándose un puente sobre cada abismo y atravesando las alturas por túneles pendientes que los devoraban.

El paisaje aparecía trastornado por la mano del hombre. El minero violaba a la Naturaleza volcándola, desordenando sus ropajes. Todo había cambiado de lugar. Las cumbres habían sido echadas abajo por la piqueta y el barreno; las hondonadas, rellenas de escoria roja, estaban convertidas en mesetas. Las faldas de los montes aparecían desgarradas; lo que en otros tiempos era suave declive, asustaba ahora con el pavoroso corte del despeñadero. Habíase trastornado el curso de las aguas. Las antiguas fuentes, admiradas por los ancianos, escapábanse ahora con rezumamiento fangoso por las angostas galerías que perforaban las pendientes. Algunas montañas, despojadas de la envoltura roja que era su carne, mostraban el armazón calcáreo, la triste osamenta. Los prados de otras épocas, la tierra vegetal, con sus maizales y robledales, todo había desaparecido, como si soplase sobre aquel país un viento de fuego. Sólo quedaba el pedrusco férreo, el terrón rojo, la tierra codiciada por el hombre, que parecía haber ardido con interna combustión. A trechos quedaban algunos jirones de suelo verdeante. Crecía la hierba allí donde se amontonaban las vagonetas volcadas, las plataformas carcomidas, delatando una explotación abandonada. En estos rincones pacían algunos rebaños de ovejas panzudas de largas lanas. El sonido de sus esquilas daba una nota de calma pastoril a este paisaje desolado que parecía surgido recientemente de una catástrofe geológica.

El camino bordeaba la profunda zanja de una cantera. Era como uno de esos cráteres apagados en los que muestra el planeta la intensidad de sus convulsiones. Parecía imposible que tan gran profundidad fuese obra del hombre en pocos años. Abajo, las cuadrillas de mineros atacando el muro de mineral con picos y palancas semejaban bandas de insectos. Los caballos parecían, por su tamaño, escapados de una caja de juguetes.

Contemplando el doctor este desgarrón de la corteza terrestre, que dejaba al aire sus entrañas, recordó las formas y colores de las piezas anatómicas reproducidas en sus libros de estudio. Las calizas blanqueaban como huesos; las fajas de mena roja tenían el tono sanguinolento de los músculos; las manchas de tierra vegetal eran del mismo verde musgoso de los intestinos.

A un extremo de la gigantesca excavación, la montaña se había venido abajo, formando una cascada inmóvil de ondas de tierra y enormes pedruscos. El médico recordaba la catástrofe ocurrida cuatro años antes. La cantera se había derrumbado, alcanzando en su caída a una cuadrilla de obreros

que trabajaba en su base. Unos habían perecido aplastados instantáneamente; otros habían quedado enterrados en vida en un socavón, aislados del mundo por centenares de toneladas de mineral. La gente acudía horrorizada para pegar sus oídos a los peñascos desmoronados, creyendo oír los gritos implorando auxilio, los gemidos de aquellos infelices que agonizaban lentamente en la oscuridad de las entrañas terrestres. Pasaban las horas, pasaban los días. Centenares de obreros trabajaron con un vigor extraordinario, pretendiendo revolver la inmensa avalancha de mineral; pero, tras de una semana de trabajo, sólo habían avanzado algunos metros, y ya no se oía nada: de la tierra no salía ningún lamento. Al remover los pedruscos se encontraron varios cadáveres: hombres desfigurados, con las piernas rotas y el cráneo aplastado; un pinche casi intacto, con la cara sonriente, conservando aún en sus manos un tanque de agua. Eran los que se hallaban fuera del sacavón en el instante del desprendimiento. Los otros que estaban en la cueva se pudrían tras el gigantesco tapón de mineral que los había aislado del mundo. De muchos de ellos nada se sabía: ni siquiera los nombres. Habían llegado a las minas poco antes, y los capataces sólo anotaban sus apodos. Tal vez en algún rincón de España los esperaban aún, creyendo que cuanto más larga fuese la ausencia mayores serían los ahorros.

Las mujeres de Gallaría afirmaban que de noche salían gemidos del derrumbamiento. Durante unos meses viéronse en el camino de Labarga formas blancas, con luces en la cabeza, arrastrando cadenas. En las casas temblaban los muchachos y las jóvenes oyendo hablar de las pobres almas en pena salidas de la mina. Pero cierta mañana apareció tendido en el camino uno de los primeros borrachos de Gallarta, con un brazo fracturado y la cabeza rota, y no volvieron a salir más fantasmas, ni nadie sintió deseos de adornar la catástrofe con grotescas apariciones.

El recuerdo de los enterrados fue borrándose en la memoria de todos. Las desgracias en esta explotación penosa que gastaba las vidas de muchos miles de hombres superponíanse unas a otras con frecuencia, ocultando y desvaneciendo las anteriores. Un día, las vagonetas, al chocar unas con otras, aplastaban a un obrero; otro día saltaban de los rieles al bajar por el plano inclinado, cayendo sobre un grupo laborioso que no recelaba la muerte traidora que llegaba a sus espaldas. Los barrenos estallaban inesperadamente, abatiendo los hombres como si fuesen espigas. Llovían pedruscos en mitad de la faena, matando instantáneamente; y por si esto no fuese bastante, había que añadir los navajazos a la salida de la taberna, las riñas en la cantera, las disputas en los días de cobro, la feroz acometividad de una masa ignorante y enfurecida por la miseria, con la cual vivían confundidos los que al salir de los penales de Santoña, Valladolid o Burgos no veían otro camino abierto que el de las minas de Bilbao. Los contratistas, siempre necesitados de brazos, no preguntaban a nadie quién era y de dónde venía...

La muerte rondaba en torno del mísero populacho como un lobo alrededor del rebaño, siempre vigilante, con las uñas afuera y los dientes agudos. Zarpazo aquí, dentellada allá, la gran enemiga se mostraba infatigable. Siempre había en el hospital más de una docena de camas ocupadas por carne enferma, que pedía entre gemidos el auxilio de don Luis. Era un perpetuo estado de guerra, una batalla contra la fatalidad y la barbarie de los hombres, cuyos ecos se apagaban en la misma montaña, no alcanzando a la opulenta Bilbao. El mineral marchaba ría abajo, sin que nadie pensase lo que había costado su arranque del suelo.

Aresti salió de su ensimismamiento al verse en la calle única de Labarga, dos filas de miserables casuchas puestas sobre los peñascos que bordeaban el camino. Los edificios de Gallarta parecían palacios, si se los comparaba con las chozas de este barrio de mineros. Eran barracas, conocidas en el país con el nombre de *chabolas*, con tabiques de madera delgada y techumbre de planchas corroídas. Las puertas se componían de dos piezas horizontales: la hoja inferior quedaba cerrada como una barrera, y la superior, al abrirse, era la única ventana que daba a la casa luz y aire. Las incesantes lluvias habían podrido estas viviendas, reblandeciendo su madera, deshiliachando sus fibras como si toda ella fuese a convertirse en gusanos. Fuera de las casas ondeaban sobre cuerdas unos guiñapos de color indefinible puestos a secar. Algunas gallinas flacas y erizadas corrían por el camino. Los niños permanecían sentados ante las puertas, graves e inmóviles, como si fuesen de distinta raza que la revoltosa chiquillería de los pueblos del llano.

Al ver al doctor, salían las mujeres de sus tugurios, sonriendo como en presencia de un acontecimiento inesperado. Muchas sentían de pronto el miedo a enfermedades que tenían olvidadas.

—¡Chicas, es don Luis!... —se gritaban unas a otras—. ¡Señor doctor, aquí! ¡Míreme usted este chico!... ¡Entre a ver a mi madre!

Pero Aresti conocía de larga fecha tales recibimientos: el furor que acometía a todos por creerse enfermos apenas le veían, sin ocurrírseles bajar al hospital más que en casos de extrema gravedad. Y siguió adelante, sonriendo a unas, contestando a otras alegremente, precedido por el pinche zamorano, que volvía la cara como si temiese verle secuestrado por el grupo de comadres.

Un hombre de larga barba ensortijada y canosa fumaba sentado ante una casucha que era la peor del barrio. Tenía los ojos casi ocultos bajo las cejas, y un gesto de desdén contraía a cada momento su cara negruzca. Al ver al médico no se llevó la mano a la boina ni abandonó su inmovilidad de faquir, como si estuviese abstraído en la contemplación de la miseria que le rodeaba.

—¡Salud, amigo *Barbas!* —dijo el médico alegremente, deteniéndose junto a él—. ¿Qué hay, compañero?

—Mucho y malo, don Luis.

—Y esa revolución, ¿cuándo la hacemos?...

El *Barbas* miró un instante a Aresti con ojos ceñudos, como si fuese a insultarle. Después escupió la nicotina de sus labios con gesto desdenoso.

—Búrlese, don Luis. Usted está acostumbrado a oír cómo se queja de dolor lo mismo el rico que el pobre, a ver cómo se mueren todos igualmente; por eso toma a risa las cosas de los hombres. Al fin no somos más que animales. Hace usted bien. Ríase... pero el trueno gordo se acerca. ¡Algún día encontrarán su merecido todos los ladrones..., ¡todos!, incluso su primo Sánchez Morueta!

—¡Compañero!..., ¿y yo? —dijo el doctor—. ¿Qué vas a hacer de mí?

—Usted es un guasón, que se ríe de la vida... pero entre burlas y veras hace bien a los pobres y vive cerca de su miseria. Usted es casi de los nuestros.

—Gracias, compañero *Barbas*.

Y dando a entender al solitario con un gesto que volvería para hablar con él, subió los peldaños de una casucha, en cuya puerta le esperaba impaciente el pinche.

Era la «casa de peones», el miserable albergue de las montañas mineras, donde se amontonan los jornaleros. Aresti estaba habituado a visitar estos tugurios, que olían a rancho agrio, a humo y a «perro mojado». En la entrada de la casa estaba el fogón, con algo de loza vieja alineada en dos estantes. Los tabiques, de madera, eran de un amarillo viscoso, como si las tablas trasudasen de una pieza a otra la suciedad y la mugre de los habitantes. Una vieja delgada de rostro y enorme de cuerpo por los pañuelos que llevaba adosados al busto y los innumerables zagalejos de su faldamenta vigilaba el hervor de un puchero. Tenía las manos cruzadas sobre el delantal de arpillera y se miraba con ojos bizcos los cuernos de un pañuelo rojo arrollado a las sienes. Unos gatos flacos y espeluznados rondaban en torno de la mujer, esperando que cayese algo de la olla. Eran unos animales lúgubres, de mirada feroz; tigres empuñados, que parecían alimentarse con el hambre que sobrara a sus amos.

La vieja rompió en lamentaciones al reconocer a don Luis. El pobre peón estaba muy malito: ¡a ver si lo sacaba adelante!... Ella le había tomado ley después de tenerlo varios años en su casa. Y al lamentarse, había tal expresión de frío egoísmo en sus ojos, que el doctor la atajó brutalmente:

—Sobre todo, lo que usted siente, tía Gertrudis, es perder un real diario si muere.

—¡Ay, don Luis, hijo! Semos probes, y cada vez hay más casas de peones. Mi viejo está casi baldado del reuma y gana menos que un pinche escogiendo mineral en los lavaderos. ¡Y muchas gracias que lo aguantan, y con el pupilaje de estos chicos de Zamora podemos ir tirando!... ¡Ay, Señor, después de trabajar toda la vida!

El médico levantó una cortinilla de percal rojo y desteñido que ocultaba un tugurio sin luz, ocupado por la cama de los viejos. Levantó otra, y vio un cuartucho no más grande, obstruido completamente por un enorme camastro formado con tablas sin cepillar y varios banquillos. En él dormía toda la banda de Zamora, siete hombres y el muchacho, en mutuo contacto, sin separación alguna, sin más aire que el que entraba por la puerta y las grietas de la techumbre. Varios jergones de hoja de maíz cubrían el tablado; cuatro mantas cosidas unas a otras formaban la cubierta común de los ocho, y junto a la pared yacían, destripadas y mustias, algunas almohadas de percal rameado, brillantes por el roce mugriento de las cabezas. Aresti pensó con tristeza en las noches transcurridas en este tugurio. Llegaban los peones fatigados de romper los bloques arrancados por los barrenos, de cargar los pedruscos en las vagonetas, arrastrarlas hasta el depósito de mena y devolverlas al sitio de partida. Después de una mala cena de alubias y patatas con un poco de bacalao o tocino, dormían en aquel tabuco, sin quitarse más que las botas y algunas veces el chaquetón, conservando las ropas, impregnadas de sudor o mojadas por la lluvia. El aire estancado bajo un techo que podía tocarse con las manos hacía irrespirable a las pocas horas, espesándose con el vaho de tantos cuerpos, impregnándose del olor de suciedad. Los parásitos anidados en los pliegues del camastro, en las juntas de la madera, en los agujeros del techo, salían de caza con la excitación del calor, ensañándose al amparo de la oscuridad en los cuerpos inánimes que dormían con el sueño embrutecedor de la fatiga. En las noches tormentosas, cuando el viento pasaba de parte a parte la casucha por sus resquicios y grietas, amenazando derribarla, los cuerpos vestidos y malolientes se buscaban, ansiando calor. Los sudores se juntaban, las respiraciones se confundían, la suciedad era fraternal.

El médico consideraba que aquellos ocho hombres que dormían en común eran amigos y compatriotas, ligados por el nacimiento y las aventuras de su peregrinación anual. Pero con el pensamiento veía otras casas de peones tan miserables como aquella, donde los hombres acostados en la misma cama no se habían visto jamás; donde el infeliz muchacho recién venido de su tierra dormía en contacto con otro también recién llegado a la mina, procedente tal vez del presidio o fugitivo por algún crimen. Los cuerpos extraños se juntaban bajo la pegajosa cubierta; la carne se rozaba con otra carne, enferma muchas veces de peligrosas infecciones. Y esta promiscuidad, al amparo de la misma manta, de viejos y jóvenes, de inocentes jayanes recién llegados de su pueblo y veteranos de la vida errante, conocedores de todas las corrupciones, se efectuaba en medio de una forzada abstinencia de la carne, en un país donde, por las condiciones del trabajo, los hombres son más numerosos que las mujeres, y una continua afluencia de presidiarios licenciados traía consigo todas las criminales aberraciones del aislamiento viril.

Aresti vio al enfermo en el fondo del camastro, junto a la pared, respirando jadeante. Estaba acostumbrado a visitar los tabucos de los mineros: nada le extrañaba; y con una agilidad de muchacho saltó encima del tablado, marchando de rodillas sobre los jergones. Encendió una cerilla, y entonces vio en el tabique de la cabecera, que en otros tiempos había sido blanco, un crucifijo y varias estampas de

colores representando generales contemporáneos con el ros calado y el pecho cubierto de bandas y cruces, héroes de las guerras coloniales que se habían cubierto de gloria entregando territorios al enemigo o fusilando en masa a indígenas indefensos. El médico no pudo contener su risa. «¿Por qué estarán aquí estos tíos?...» Las estampas habían sido pegadas como simples adornos, sin fijarse en los personajes, o tal vez eran recuerdo de algún antiguo soldado, cándido y entusiasta, que se imaginaba haber servido a las órdenes de caudillos inmortales.

El enfermo tenía los ojos cerrados y respiraba trabajosamente. Su piel ardía. Estaba vestido, conservando las mismas ropas mojadas por la lluvia de la noche anterior.

—Una pulmonía de padre y señor mío —dijo el doctor, arrojando el fósforo y saliendo del camastro otra vez de rodillas.

Ahora, junto al fogón, escribió una receta en una hoja de su cartera, encargando al pobre pinche, ya más tranquilo después de la visita, que bajase por los medicamentos al hospital.

Cuando Aresti salió de la barraca, después de hacer varias recomendaciones a la vieja, vio que le aguardaba en medio del camino un contratista de los que se enorgullecían titulándose amigos suyos. Iba vestido de flamante pana; sobre el chaleco brillábale una gruesa cadena de oro, y calzaba altas polainas fabricadas con la tela impermeable que sirve de forro a las cajas de dinamita.

—¡Hola, *Milord!* —dijo el médico—. ¿Hoy no hay oficios divinos en la capilla de Baracaldo?

—No, don Luis —dijo el contratista con cierta unción en sus palabras—. Demasiado sabe usted que en nuestra religión este día no es de fiesta.

—¿Y *Milady*, siempre tan hermosa y elegante? —Vaya, no se burle usted. Somos unos pobres patanes con un poquito de protección nada más.

Después de esto, el llamado *Milord* rogó al médico que, ya que estaba en Labarga, se llegase a la cantina de *Tocino*, su capataz de confianza, que llevaba varios días inmóvil en la cama por el reuma. Aresti se resistió, alegando su viaje a Bilbao. —Un momento nada más, don Luis: entrar y salir. Yo también tengo prisa por llegarme a la mina. ¡El pobre *Tocino* me hace tanta falta cuando no está allí!...

El doctor se dejó conducir algunos minutos más allá de Labarga, hasta una altura donde estaba establecida la tienda de *Tocino*. Por el camino bromeaba con el contratista sobre su religión. El *Milord* había sido capataz en las minas de una Compañía inglesa, logrando interesar al ingeniero-director en fuerza de excederse en la vigilancia del trabajo y de no permitir descanso alguno a los peones de sol a sol. La protección del jefe lo elevó a contratista, colocándole en el camino de la riqueza, y para mostrar su gratitud al inglés, había abrazado el protestantismo. La despreocupación religiosa era general en las minas; sólo se pensaba en el dinero y el trabajo. Era viudo, con sólo una hija, y ansioso de ligarse más íntimamente con sus protectores, la tuvo durante seis años en un colegio de Inglaterra, volviendo de allá la muchacha con un exterior púdico y unas costumbres de *confort* que regocijaban a toda Gallaría. Los domingos, *Milord* y *Milady* bajaban a Baracaldo vestidos con trajes que encargaban a Londres. Allí se confundían con las familias de los ingenieros y los mecánicos ingleses empleados en las minas y en las fundiciones de la ría, que llenaban la única capilla evangélica del país. Aresti, que había cogido cierto miedo a los *flirts* con *Milady*, hasta el punto de rehuir al encontrarla sola, y que conocía ciertas historias de jovenzuelos que habían saltado su ventana durante la noche, ensalzó irónicamente al padre lo mucho que su robusto retoño había ganado después de la cepilladura en el extranjero.

—¡La educación inglesa! —dijo *Milord*, abriendo mucho la boca para marcar su admiración—. ¡Una gran cosa! Hay que ver lo que sabe la chica... Es verdad que, acostumbrada a tantas figuras, se aburre aquí entre brutos. Pero, de mí para usted, don Luis, yo tengo mi plan, mi ambición, y es casarla con algún señor de la Compañía.

—Hará usted bien —afirmó el médico con zumbona gravedad, recordando las ligerezas de la niña al verse libre en las minas, después de las pudibundeces del colegio—. Esos señores son aquí los únicos que pueden cargar con ella.

Llegaron a la cantina de *Tocino*, una casa aislada, de manipostería, con un gran mirador de madera. Desde aquella altura abarcaba la vista toda la tierra de las Encartaciones y además el abra de Bilbao, la ría, Portugalete. Los pueblos aglomerados en las orillas del Nervión parecían formar una sola urbe. En último término, entre montañas, se adivinaba la villa heroica e industrial: el humo de las fundiciones y fábricas se confundía con el cielo plomizo. A la entrada de la ría, el alto puente de Vizcaya destacábase como un arco triunfal de negro encaje.

La cantina ocupaba el piso bajo, amontonándose en ella los más diversos objetos y comestibles, unos en estantes tras de sucios cristales, otros pendientes del techo... Allí estaban almacenados todos los víveres por cuya conquista dejaban los hombres pedazos de su vida en el fondo de las canteras. Aresti conocía esta alimentación: alubias y patatas con un poco de tocino. El arroz sólo era buscado cuando la patata era cara. Además, colgaban del techo bacalao y trozos de tasajo americano entre grandes manojos de cebollas y ajos.

El pan se amontonaba detrás del mostrador, al amparo de los dueños, como si éstos temiesen los hurtos de los parroquianos o una súbita acometida de los hambrientos que pululaban afuera. Un tonel de sardinas doradas por la ranciedad esparcía salitroso hedor. De las viguetas del techo pendían baterías de cocina, y en los anaqueles se alineaban piezas de tela, botes de conservas, ferretería, alpargatas, objetos de vidrio, pero todo tan viejo, tan oxidado, tan mugriento, que, lo mismo comestibles que objetos, parecían salidos de una excavación después de un entierro de siglos.

Tras del mostrador estaba la mujer de *Tocino* con su hijo, un adolescente amarillucho, de movimientos felinos. Erán vascongados, pero Aresti encontraba en sus ojos duros, en la melosidad con que robaban a los parroquianos, despreciándolos, algo que le hacía recordar a los judíos. La gente del contomo los odiaba. Al menor intento de revuelta en las minas cerraban su puerta, sirviendo el pan por un ventanillo. A pesar de su insaciable codicia, tenían un aspecto de miseria y sordidez más triste aún que el de la gente de fuera. El doctor recordaba las declamaciones de ciertos mítines obreros a los que había asistido por curiosidad, los apostrofes contra los explotadores de las cantinas, que engordan con los sudores del trabajador y se redondean chupándole la sangre. Y se decía sonriendo:

«No; pues a éstos les luce poco la tal alimentación.» A la entrada de la cantina existía una especie de jaula de madera con un ventanillo. Dentro de ella estaba sentado ante un pupitre el dueño de la tienda, envuelto en mantas, quejándose a cada momento, pero sin dejar de repasar con los ojos unos cuadernos viejos, cubiertos de rayas y caprichosos signos, que le servían para su complicada contabilidad.

El *Milord* manifestó extrañeza viéndole allí. ¡El que le traía nada menos que al doctor Aresti, creyéndole en peligro de muerte!... Mientras el médico le examinaba con la indiferencia del que está habituado a casos más graves. *Tocino* prorrumpió en lamentaciones, haciéndole coro su mujer. Estaba enfermo más de lo que creían, no podía moverse: los dolores le mataban. Pero los negocios eran antes de la salud, y había que repasar las cuentas, ya que estaba cercano el día de la paga.

—Vaya, *Tocino* —dijo Aresti—; lo que tienes es poca cosa; desaparecerá con el cambio de tiempo. ¡Quejarse así un hombrachón que parece un oso tras de esa jaula! Es la buena vida que te das; lo mucho que engordas con lo que robas.

—Pero ¡qué cosas tiene este don Luis! —exclamó el *Milord* mirando a la tendera, que enseñaba sus dientes amarillos para sonreír cobardemente lo mismo que el protector de su marido.

—¡Robar! —mugió *Tocino*—. ¡Robar! ¡Siempre está usted con lo mismo!... Tanto oye usted a los trabajadores (en su manía de mimarlos cuando van a su hospital), que acaba por creer todas sus mentiras. Aquí a nadie se roba. Aquí lo único que se hace es defender lo que es de uno.

Y *Tocino* se indignaba, olvidando sus dolores. El vendía sus artículos al fiado, ¿estamos?... Se exponía a perderlos, ¿y qué cosa más natural que no dormirse para cobrar lo que era suyo cuando llegaba el día de pago en las minas?... Había que conocer a los obreros: cada uno de un país distinto; lo mejor -cito de cada casa. Se pasaban todo el mes comiendo al fiado, y el día de cobranza, si les era posible, hacían lo que ellos llaman «la curva»: tomaban el dinero y se iban a la taberna, rehuyendo el pasar por la tienda de comestibles. Pero esto no les valía con *Tocino* y otros que eran capataces al mismo tiempo que cantineros. Él les pagaba en la propia tienda su trabajo y allí mismo les descontaba lo que llevaban comido. Aun así, había sus quiebras, pues los que sólo trabajaban una semana desaparecían después de haber tomado al fiado más de lo que importaban sus jornales.

Aresti escuchaba al capataz, aprovechando sus pausas para seguir recriminándole:

—*Tocino*, tú eres un ladrón, que vendes a los obreros los artículos averiados que no quieren en Bilbao y se los haces pagar doble o triple que en la villa.

—Esas son mentiras que sueltan los socialistas en sus *me-tinges* —gritó el capataz, enrojando de indignación con el recuerdo de lo que decían los obreros en sus reuniones.

—*Tocino*, tú abusas de la miseria. Los pobres peones no tienen libertad para comprar el pan que comen. Al que no viene a tu tienda le quitas el trabajo en la cantera.

—Los amigos son para ayudarse unos a otros. ¿Qué tiene de particular que yo sólo dé trabajo a los que se surten de mi establecimiento ?

—Tú robas al trabajador en lo que come y en lo que trabaja, descontándole siempre algo del jornal. Tu amo y protector te ayuda a mantener esta esclavitud no pagando al obrero semanalmente, como se hace en todas partes, sino por meses, para que así tenga que vivir a crédito y se vea obligado a comer lo que queráis darle y al precio que mejor os parezca.

—Vaya, ahora me toca a mí —dijo riendo el *Milord*—. Pero este don Luis es peor que los predicadores de blusa que vienen a echar soflamas en el frontón de Gallaría. Suerte que no le da a usted por hablar en público.

—*Milord*: a todos vosotros no os parece bastante el enriqueceros rápidamente con el hierro, y aún arañáis algunos centímetros en el jornal y el estómago del bracero. Las cantinas obligatorias son vuestras y de los capataces. Vais a medias. De día explotáis los brazos y de noche los estómagos. ¡Hacéis mal, muy mal!... Hasta ahora os salva la gran masa de peones forasteros que vienen a rabiar y a ahorrar durante algunos meses, pasando por todo, pues su deseo es marcharse. Pero cada vez se quedan más en el país, y ya veréis la que se arma cuando esta gente, viviendo siempre aquí, acabe por conoceros.

El doctor cortó la conversación recordando su viaje a Bilbao, y salió de la cantina después de hacer varias recomendaciones para la curación de *Tocino*. La mujer y el hijo sonreían servilmente, pero con una expresión hostil en la mirada, gravemente ofendidos por la franqueza del doctor.

Siguió adelante el contratista, hacia su mina, y Aresti descendió a Labarga pensando en la miseria del rebaño humano esparcido por la montaña. Varias veces había intentado rebelarse, y los resultados de su protesta, de las huelgas ruidosas, terminadas en más de una ocasión con sangre, no habían mejorado gran cosa su suerte. Únicamente el respeto a la vida humana era mayor que en los primeros años de explotación. Aresti recordaba su llegada a las minas, cuando se vivía en ellas casi con las armas en la mano, como en Alaska o en los primitivos *placeres* de California. Ya no quedaban forajidos en las canteras que, vergajo en mano, apaleasen como representantes del amo a los trabajadores rebeldes; ya

no existía la tarifa de la carne humana, cotizándose las desgracias «veinte duros por un brazo, cuarenta por las dos piernas». Se asociaban los trabajadores establecidos en el país, creaban núcleos de resistencia, inspiraban cierto temor a los explotadores, logrando con esto que sus penalidades fuesen menos duras. Pero aún faltaba la cohesión entre ellos, a causa del vaivén de la población minera, de aquel oleaje de hombres que se presentaba engrosado al empezar el invierno en las miserables comarcas del interior y se retiraba con el buen tiempo para ir a recolectar sus cosechas. Los gallegos huían a su tierra así que se iniciaba una huelga y se presentaba en las minas la Guardia Civil. Habían venido a ganar dinero, y evitaban los conflictos, pasando por toda clase de explotaciones y abusos. Los castellanos y leoneses miraban con los brazos cruzados los esfuerzos de sus compañeros establecidos en el país, pensando, con el duro egoísmo de la gente rural, que en nada les importaba cambiar la suerte del trabajador, ya que ellos al fin habían de volver a sus campos. Los labriegos convertidos en mineros eran el contrapeso inerte, incapaz de voluntad, que imposibilitaba la ascensión de los que vivían en aquella tierra.

La cantera era el peor enemigo del obrero rebelde. En las minas de galerías subterráneas, con sus peligros que exigen cierta maestría, el personal no era fácil de sustituir: necesitaba cierto aprendizaje. Pero en las pródigas Encartaciones el hierro forma montañas enteras: la explotación es a cielo abierto; sólo se necesitaba hacer saltar la piedra, recogerla y trasladarla, cavar y romper como en la tierra del campo, y el bracerero, empujado por el hambre, llegaba continuamente en grandes bandas a sustituir sin esfuerzo alguno a todo el que abandonaba su puesto protestando contra el abuso. Mientras no se cortase esta corriente continua de hombres, mientras no se estancara la población obrera de las Encartaciones era difícil que el trabajo conquistase sus derechos.

Aresti con el deseo de no sufrir nuevos retrasos, redobló el paso al entrar en Labarga, caminando con la cabeza baja para no oír los llamamientos de las mujeres. Un hombre se le puso delante:

—Don Luis, un momento...

Era el *Barbas*, que había abandonado su inmovilidad de faquir para detener al doctor.

—¿Que hay, compañero?

—Usted que es bueno, quiero que se entere, ya que sube por aquí, de lo que hacen esos ladrones.

Y le mostraba con gesto trágico su casucha. Como Aresti no parecía comprenderle, el *Barbas* señaló la parte superior de su barraca falta de techumbre.

—Me han quitado las planchas, don Luis. Quieren que me vaya. Los ricos de Gallaría, todas esas gentes que he conocido tan pobres como yo, me odian y me tienen miedo. El amo de la barraca no sabe cómo echarme. Hace una semana me ha quitado la techumbre; la lluvia cae en mi casa como en la calle; pero el *Barbas* firme en su puesto con la compañera. La pobre vieja llora y quiere irse, pero soy capaz de darle una paliza si se menea de ahí. Me han de tener siempre a la vista. Hay para rato si piensan librarse de mí... Ahora, don Luis, han discurrido algo mejor. Quieren quitarme el suelo, así como me han robado el techo. Piensan excavar la roca hasta que la casa se quede en el aire, sobre sus estacas, para ver si así me voy... ¡Pues no me iré! El *Barbas* en su sitio, para que todos le oigan, para echarles en cara sus robos. Ni trabajo, ni me voy... Espero, ¿sabe usted? espero que llegue la gorda; espero el día en que toda la montaña baje al llano y yo pueda quitarles el techo y el piso a todos los *chalets* que se han hecho esos pinturerros, esos pijos resucitados que la echan de señores a costa de los pobres.

Y el *Barbas* acompañó un buen trecho al doctor, mugiendo sus maldiciones y amenazas contra los contratistas, que eran sus enemigos más inmediatos, y contra los ricos de Bilbao, siempre invisibles: divinidades maléficas que hacían sentir la fuerza de su poder en la montaña, sin mostrarse más que por la mediación de capataces y administradores cuando explotaban la mina directamente, o de contratistas si creían más ventajoso para sus intereses ajustar el arranque del mineral. Cerca ya de Gallarta, al quedar sólo el doctor, vio venir hacia él un hombre montado en una burra blanca, tan grande y tan fuerte que casi parecía una mulita. Por esta cabalgadura conoció Aresti desde lejos a don Facundo, el cura párroco de Gallarta. Hacía diez años que había sido trasladado al distrito minero desde un pueblecillo de Álava, y afirmaba que la mejor tierra del mundo era la de las Encartaciones. «Paz, mucha paz; para todos hay vida en el mundo.» Y en santa paz vivía, siendo gran amigo de Aresti y tomando a broma las doctrinas revolucionarias que el doctor, por aburrimiento, exponía a los ricos de Gallarta después de sus famosas cenas. Cierta vez que el médico, cansado de la monotonía de su existencia, se divirtió en propagar el budismo entre los rudos contratistas y hasta intentó algunas ceremonias del culto indostánico, a estilo de las que había presenciado en el Museo Guimet de París, el cura no manifestó indignación. «¡Bah! Cosas de don Luis; chifladuras de los sabios; ya se cansará.» Para él, la religión verdadera no decrecía ni experimentaba quebranto alguno mientras se celebrasen bautizos, casamientos, y sobre todo, entierros, muchos entierros.

A misa sólo iban algunas viejas del pueblo. La iglesia estaba siempre vacía, pero el país era muy religioso. La prueba estaba en que él no tenía libre un momento, y continuamente veían todos trotar su burra blanca por los caminos y atajos del distrito. Aquel curato valía más que algunos obispos. La gente pobre, que no se acordaba de la casa de Dios, encontraba siempre en su miseria el dinero necesario para que el pariente marchase a la fosa escoltado por la burra de don Facundo y mecido en su ataúd por el vozarrón del cura. Había días en que acompañaba cinco entierros en los lugares más lejanos de la parroquia; asunto de leguas. Pero a él no le infundía miedo el trabajo mientras contase con su cabalgadura infatigable, y montado en ella acudía a todas partes. Marchaba delante el ataúd en hombros de los mineros, escoltado por mujeres que daban alaridos y se mesaban el pelo con desesperación de

gitanas, y detrás don Facundo, montado en su burra, con sobrepelliz y bonete, seguido a pie por el sacristán, al que llamaba su «corneta de órdenes», siempre cantando, pues los parientes ponían reparos a la hora de pagar si cantaba poco, repitiendo automáticamente los versículos del oficio de difuntos, al mismo tiempo que marcaba el compás esgrimiendo sobre su cabeza la vara de fresno con que arreaba a la cabalgadura. Un alto en la marcha era lo único que le hacía perder la calma.

—Aprisa, hijos míos —decía a los conductores del cadáver—, que hoy aún me quedan tres. Tengo trabajo en Galdames y en la Arboleda.

Muchas veces llegaba la oscuridad antes de que terminase de acompañar muertos por veredas y desmontes. Aresti recordaba una noche de luna clarísima, al retirarse a su casa después de una cena con los contratistas, en las afueras de Gallarta. Oyó un canto lúgubre que rasgaba con sus lamentos la calma de la noche, y vio pasar a un hombre, vacilante sobre sus piernas, como si estuviese ebrio, llevando a cuestas a otro envuelto en una sábana, con un brazo colgante que le golpeaba a cada paso. Después, una especie de centauro, agrandado por el misterio de la noche, que blandía sobre su cabeza algo negro como una espada, sin cesar de mugir:

*Qui dormiunt in terrae pulvere, evigilabunt...*

—Buenas noches, don Luis —dijo el cura al reconocer al doctor—. Con éste van hoy ocho. Es un pobrecito que ha muerto de la viruela, y lo he dejado para lo último... ¡Después dirá usted que la Iglesia no trabaja!

Y en el silencio de la noche volvió a reanudar su lúgubre cantinela, a la luz de la luna, camino del cementerio.

Lo único que le indignaba era que le hablasen de la extensión de la parroquia y lo difícil de atenderla un hombre solo. No, ¡carape! Él tenía fuerzas para servir a Dios hasta que reventase; sobre todo tratándose de entierros. Cada vez que veía próxima una modificación parroquial, tomaba el camino de Vitoria para ver a los señores del obispado, después de dar un tiento doloroso a los ahorros. Y cuando al fin habían acabado por colocar dos vicarios a sus órdenes, dedicó a éstos a las «faenas menudas» del templo, reservándose él los entierros.

Las asombrosas fortunas creadas en las minas habían tentado su codicia. El también tenía sus contratas; también pactaba arranques de mineral con los señores de Bilbao, e iba sobre la burra de los entierros a echar un vistazo al trabajo de los peones. Pero a pesar de que sus negocios marchaban bien, y a la hora del champaña, en las cenas de los contratistas, le hacía confesar el médico que llevaba reunidos más de cuarenta mil duros, recordaba los pasados tiempos, la primera época de las minas, cuando él y don Luis estaban recién llegados, y cada cual vivía a su gusto, sin obispos ni autoridades de ninguna clase. Aborrecía los tranvías aéreos, los planos inclinados, todos los recientes medios de conducción. Los buenos tiempos eran cuando el mineral iba arrastrado por bueyes hasta la ría y había guardas en los caminos para ordenar el paso de las carretas, que alegraban la montaña con sus chirridos. Sólo en Gallarta existían unas mil. Se exportaba menos mineral, pero se pagaba más caro y el dinero se repartía entre más gente. Entonces fue cuando el cura inauguró su iglesia, y al buscar un santo patrón, eligió a San Antonio. Aún reía el doctor recordando la candidez con que explicaba el cura esta preferencia: «No puede ser otro. San Antonio es el patrón de las bestias, y aquí en Gallarta hay tanto buey...»

Al reconocer don Facundo al médico, refrenó el paso de su cabalgadura.

—A la mina, ¿eh? —preguntó Aresti.

—Sí, señor; acabo de largar mi visita, y ahora un rato a ver lo que hacen aquéllos, hasta la hora de comer. Hay que cuidarse de lo divino y de lo humano. Hay que trabajar, don Luis.

—Pero ¿no es hoy día de fiesta?...

—¡Ah, grandísimo zumbón! Ya adivino lo que quiere decirme con su sonrisa. Sí, señor; día de fiesta es, según nuestra madre la Iglesia, y deben guardarla los que son ricos. Pero mire usted cómo los pobres trabajan en todas las canteras. Yo no voy a privar de un jornal a mis peones después de tantos días de lluvia, en los que no han podido hacer nada. Además, tengo mis contratos con el dueño de la mina... Vaya, adió; le dejo para que se burle de mí a sus anchas.

Iba a arrear a la burra, cuando se detuvo para hacer una pregunta:

—¿Dicen que han matado al *Maestrico*?... ¡Vaya un caso! Era un buen muchacho, serio y ahorrador. Este es el mundo... ¡A la tarde, entierro! ¡Arre, burra!

Y se alejó con alegre contoneo, gozoso por la seguridad de que había caído un nuevo trabajo.

Cuando el doctor fue a entrar en su casa, todavía se vio detenido por un hombre que le esperaba sentado junto a la puerta. La vieja Catalina le llamó furiosa desde adentro: —¡Que está frío el desayuno!... ¡Que no cogerá usted el tren! Ya le he dicho a ese condenao que su primo le espera y no está usted para canciones...

Pero Aresti no la hizo caso y se dejó abordar por aquel hombre, diciéndose mentalmente: «¡Qué magnífico animal!» Tembló por su mano cuando se la tomó el gigantón con una de sus garras de dedos callosos y gruesos. Bajo la blusa se delataba a cada movimiento una musculatura de atleta desarrollada por el trabajo. Su cara abobada y enorme hacía recordar a Aresti la de los gigantones de las fiestas de Bilbao que había admirado en su niñez.

—Vengo a lo del otro día —dijo con alguna torpeza, pero mirando al doctor en los ojos, como dispuesto a pelear, si era preciso, defendiendo sus pretensiones.

—¿A lo del otro día?... Pues hijo, no me acuerdo. ¡Me buscan tantos!...

Pero de pronto, Aresti pareció recordar, y una sonrisa maliciosa animó su rostro.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo: vienes a lo del practicante. Tú eres el marido de esa... Bien, ¿y qué?

—Quiero que usted lo arregle, don Luis —continuó el gigantón con energía—. O lo arregla usted, que es tan bueno, o doy el gran escándalo. Ya le dije cómo los pillé en mi casa el domingo pasado; tengo testigos, los llevaré al juez, y si él no se pone en razón y hace lo que le corresponde, irá a un presidio y ella a la galera.

—Sí, hombre, sí —dijo Aresti—. Recuerdo tu asunto. Me gusta verte más tranquilo que el otro día. ¿qué puedo hacer yo?

—Arreglarlo, señor doctor; que ese sinvergüenza sufra castigo. ¿Va a ser él de mejor pasta que otros? Al juzgado iré con él.

—Pides demasiado, hijo mío. Ahora recuerdo lo que exiges: veinte duros. ¡Pero si el pobre enfermero es un muchacho que apenas gana eso en el hospital!... ¡Si es más pobre que tú!...

—Bueno —dijo el gigantón con aspecto indeciso, rascándose la cabeza por debajo de la boina—. Pus que sean quince... o que sean doce, ya que usted se empeña. Pero de ahí no bajo nada, no me conformo con menos de doce, o daré el escándalo. En usted confío, doctor. Le quisiera yo ver con una perra como la mía: sabría lo que es bueno. ¿Qué he de hacer? ¿Ir a presidio y que se mueran de hambre mis pequeños? ¡Que paguen, que paguen, ya que quieren hacer el calavera!

Y se alejó, después de recomendar varias veces al médico con tono suplicante que no olvidase su asunto.

Aresti, mientras despachaba el desayuno y vestía sus ropas de fiesta, colocadas sobre la cama por Catalina, pensó en la extraña psicología de una gran parte de las gentes de las minas.

De jóvenes se mataban por la mujer soltera; bailaban con el cuchillo oculto en la faja, resueltos a disputarse la hembra a puñaladas. Asesinaban al rival, como al infeliz *Maestrico*; y luego de casados, satisfecho el primer ímpetu de un apetito exacerbado por la escasez de mujeres, se entregaban al trabajo, que gastaba su voluntad y sus fuerzas. Olvidaban el amor hasta despreciarlo, para no pensar más que en el dinero, como si los envenenase el viento de rápidas fortunas y milagrosos encumbramientos que parecía soplar sobre las minas. Se exterminaban por una cuestión de jornales o de comestibles, y al encontrarse frente a frente con el adulterio, torcían el gesto como ante una contrariedad vulgar, y algunos hasta procuraban extraer cierto provecho de su infortunio conyugal.